

LA HUERTA DE SAN VICENTE AMENAZADA

FRANCISCO GARCÍA LORCA: «ESPERO QUE NO SE CONSUME ESTE ATENTADO CONTRA LA MEMORIA DE MI HERMANO»

lo; la cosa empeoró con la salida de «El Pavo», revista tradicional «hecha por los mismos que hicieron "El Gallo"». La Granada «putrefacta» se indignó. También el estreno de «Yerma», que una parte de la crítica madrileña consideró pornográfica, contribuyó a la animadversión de esos mismos sectores hacia Federico. De esa animadversión salió su muerte.

—¿Cómo se decidió la muerte de Lorca?

—Lorca fue fusilado sin juicio alguno. No debe extrañarnos, pues otras personalidades de relieve —por ejemplo, el rector de la Universidad— corrieron la misma suerte. A la violencia general de nuestra guerra civil se unían las características específicas de la situación granadina. Como usted sabe, aquí, en febrero del treinta y seis, las elecciones las ganaron las derechas. Luego, el Parlamento no ratificó los resultados, y hubieron de celebrarse por segunda vez, cuando ya se conocía el triunfo del Frente Popular en casi todo el país. Fue lógico que las nuevas elecciones tuvieran otro desenlace. Pero la situación era muy tensa. Muchos sentían que era una lucha a vida o muerte. La guerra civil se desarrollaba, entre las dos partes, dentro de la propia ciudad. Y Lorca, por todo lo que antes le decía, tenía aquí muchos enemigos.

—¿No cree que ya era hora de que aparecieran libros sobre el tema escritos por españoles?

—Hay un punto especialmente delicado: los distintos comportamientos de personas granadinas que precipitaron la muerte de Federico. Es necesario hablar con detalle de lo que pasó aquí en torno al poeta durante el primer mes de la guerra. De lo que hizo cada uno...

En Madrid

En Madrid pongo en orden mis anotaciones. Pienso que para quien tenga el libro de Gibson a la mano no hay en ellas nada nuevo; como tampoco serán nuevas mis fotografías, parte de las cuales se parecen a las que Couffon y el propio Gibson han incluido al lado de sus textos. Pero, al mismo tiempo, me viene a la memoria el gesto medroso o desorientado de cuantos siguen creyendo que la muerte de Federico es un tema oscuro; pensando en ellas concluyo mi trabajo.

Creo que es bueno saber y afrontar el pasado. Creo que es bueno poner la violencia en la picota y quitarle a la muerte su misterio. Creo que es bueno comprender que Lorca fue uno más en aquella pesadilla. Creo que es bueno que Viznar es un hermoso sitio para vivir y un lugar horrible para que un hombre, cualquier hombre, caiga acribillado. ■

Fotos: J. M.

DURANTE unos años, sobre un paredón blanco en el camino que conduce a la Huerta de San Vicente, se podía leer un letrero rústico: «Calle de Federico García Lorca». A falta de otros recursos oficiales —una avenida con el nombre del poeta, un monumento en un parque público— aquel rótulo venía a tener una significación especial en Gra-

rrero Blanco) ha acercado la casería al casco urbano. En la vivienda principal se conservan una serie de recuerdos vinculados a la vida y a la obra del poeta de Fuentevaqueros: un busto de Federico, obra del escultor Carretero, dibujos, retratos familiares. En la segunda planta de la casa, en una habitación con balcón orientado a Sierra Nevada, se conserva el escritorio con

que tenemos proyectado desde hace tiempo y que pensamos realizar en su momento». «¿Por qué no lo han hecho ya?», le hemos preguntado. «Es obvio contestar», responde el hermano del poeta, profesor de Literatura y ensayista.

La Huerta de San Vicente pertenece a los García Lorca desde los años veinte, y es la única casa de las que guardan un especial recuerdo de Federico, que pertenece en propiedad a la familia. Las dos casas de Fuentevaqueros —en la que nació Federico, y en la otra, que pasó su niñez y adolescencia— se conservan; pero allí vivieron los García Lorca de alquiler. La otra casa de Valderrubio, pueblo que sirvió a Federico para escribir «La casa de Bernarda Alba», no existe, ya que la actual se construyó sobre la primitiva, que mandó demoler el padre de los García Lorca por encontrarse en estado ruinoso. En Granada capital vivió igualmente la familia en dos casas de alquiler: la de la Acera del Darro (desaparecida), en la que, según su hermano Francisco, Federico escribió sus primeros poemas, y la de la Acera del Casino (contigua a la sede actual de Jefatura Local del Movimiento de Granada). En esta última pasó el poeta toda su juventud, escribió parte del «Romancero gitano» y otras obras. La Huerta de San Vicente, donde la familia pasaba los veranos, alternando con las casas en Fuentevaqueros y Valderrubio, es la única propiedad de la familia.

El Plan parcial Oeste, que de llevarse a cabo destruiría la Huerta de San Vicente, está sometido a información pública en el Ayuntamiento granadino. El alcalde, don José Luis Pérez Serrabona, ha informado a la prensa local que dicho Plan fue elaborado por el Ayuntamiento de Gallego Burín (hace más de veinte años), y que ahora se ha estimado oportuno llevarlo a cabo si no se interponen recursos que puedan frenarlo. Una segunda huerta ligada a la obra del poeta, la conocida por el nombre del Tamarit, propiedad de una prima hermana de los García Lorca, queda fuera del Plan.

De momento se pueden decir dos cosas: que en el citado Plan ni siquiera se ha tenido en cuenta la existencia de la Huerta de San Vicente y que ahora no se ha producido el más mínimo asomo de sensibilidad para rectificar el trazado de los planos.

En Granada, donde se han cometido desde el siglo pasado tantos «magnicidios» urbanísticos, artísticos y culturales, uno más importaría poco. ■ ANTONIO RAMOS ESPEJO.



La habitación de Federico en la Huerta de San Vicente. La mesa de trabajo, el cuadro de Alberti, el cartel de la Barraca, el balcón del que habló más de una vez el poeta.

nada. El paredón se volvió a blanquear, como se hace con los letreros subversivos o incorrectos. Ahora esa Huerta de San Vicente, donde el poeta granadino escribió parte de su obra y donde vivió los últimos días de su vida, está a punto de desaparecer si se lleva a cabo el Plan parcial Granada-Oeste.

En muy poco tiempo Granada se ha convertido en víctima de continuos atentados urbanísticos. Hace ahora un año que los árboles de la avenida Calvo Sotelo fueron arrancados de cuajo, dando pie a un selecto número de amas de casa a manifestarse por las calles de la ciudad (1). Parte del Carmen de los Mártires desaparecerá si llega a construirse el hotel que se tiene proyectado en ese lugar (2). Se cortarán más árboles, la máquina demoledora entrará por más lugares e incluso las floristas de la plaza de Bib-Rambla tendrán que irse a otro rincón.

La Huerta de San Vicente (dedicada a la madre de los García Lorca, doña Vicenta) tiene una hectárea de extensión y dos casas unidas: la de los propietarios y la de los caseros. La nueva zona urbana de la Redonda (o avenida de Ca-

una cartel del grupo teatral La Barraca. Aquí escribió Federico «Bodas de sangre», «Doña Rosita la soltera», parte del «Romancero gitano» y fragmentos de otras obras.

«Ya he enviado un telegrama urgente al alcalde de Granada, pidiendo explicaciones. Y puede decir que todavía no se me ha contestado», nos dice don Francisco García Lorca en su casa de Madrid. Don Francisco, el segundo hijo varón de la familia García Lorca —Federico, asesinado en Granada; Francisco, Concha, muerta en accidente de circulación en Granada, e Isabel— se muestra palpablemente indignado: «Espero que no se consuma este atentado contra la memoria de mi hermano. Yo llamaría la atención del pueblo para que recapacite sobre este proyecto del Ayuntamiento. La Huerta de San Vicente pertenece al patrimonio espiritual de la ciudad. Espero que ese Plan no se lleve a cabo. El asunto lo hemos puesto en manos de nuestro abogado».

En Granada existe la Casa-Museo de Manuel de Falla, situada en el mismo Carmen que vivió el músico gaditano, bien cuidada y atendida. «Nosotros pensamos —dice don Francisco— hacer de la Huerta de San Vicente una especie de museo o algo parecido, que podía funcionar con un patronato. Esto es algo

(1) Ver *Arboricidio en Granada*, de Joaquín Mejía, número 507.
(2) Ver *¿Qué pasa en Granada?*, de José Monleón, número 613.